

conservar en su mano á lo ménos una rienda de los negocios públicos (1).—Estamos retenidos en hostilidades, necesarias á un solo hombre y ruinosas para los demás, añadia Champagney (2).

Ante esta oposicion no cesó el príncipe de buscar apoyo en la democracia. Cuando supo que los estados de Artois no sólo habian dirigido su adhesion á Don Juan, sino enviado tambien cartas á los estados de Henao y Tournois «invitándolos á hacer lo mismo» (3) llevó el terror á Arras por medio de un golpe de estado semejante al que se habia dado en Gante. «Hubierais visto y oido cerrar puertas y ventanas, y cómo los perdidos se movian pensando que habia llegado ya la hora de hacer su negocio» (4). Los perdidos rodearon la casa de la ciudad, donde estaban reunidos los regidores. «Los cabellos se le erizaban al más tranquilo de nosotros: fué menester desaprobar las cartas, pues hubiera sido trabajo perdido alegar razones á esa bestia indómita del pueblo que sólo se guia por locas aprensiones de su índole brutal, ni habia entónces hombre tan audaz, si no estaba cansado de vivir, que se hubiera atrevido á decir solamente:—Muchachos, haceis mal.»

Los soldados de los estados, que no se fiaban de ningun jefe y veian esta excitacion al tumulto, se extendian por el campo para vivir á sus anchas á costa de los labriegos (5). Habia setecientos que permanecian en las quintas de los alrededores de Audenarde. Otra banda de merodeadores fué sorprendida por los burgueses de Gante, los cuales hubieron de encontrar «tanto dinero sobre muertos y vivos que el que ménos tenia treinta y cuarenta florines de las extorsiones que habian hecho á los pobres campesinos.»

En medio de estos excesos se mantenía el partido que queria defender los derechos y las leyes del país contra las intrigas del interior y las usurpaciones del extranjero, fuera de toda fórmula religiosa. En este partido nacional y moderado es donde ha de encontrar apoyo Alejandro Farnesio contra los desórdenes de los sectarios. Pero Don Juan no tiene ninguna idea de lo que puede ser el patriotismo. Así pues no se dirige á él este partido nacional, sino á un francés, á Francisco de Valois.

(1) La Huguerye, *Memorias*, tom. II, pág. 2-14.

(2) «Bellum gerimus uni necessarium, omnibus periculosum.»

(3) Pont. Payen, *Memorias*, tom. II, pág. 63-68.

(4) Pont. Payen, *Memorias*, tom. II, pág. 70-73.

(5) Ms. 12941 de Bruselas. Fragmento publ. por la Com. real hist. tom. XIII, n.º 4.

Despues del viaje de su hermana Margarita á Spa, envió á Lóndres Francisco de Valois á M. de Cimiers (6) para que hiciera la corte en su nombre á la reina Isabel. «La utilidad que sacó de esta galantería fué el consentimiento de la reina á su eleccion de duque de Brabante (7).» El hermano del duque de Lalaing fué al castillo de la Fere á ponerse de acuerdo con Francisco y Margarita, y recibió de sus manos, para distribuir á los principales nobles de los Países Bajos, medallas de oro en que estaban esculpidos los bustos del príncipe y de su hermana (8).

Francisco de Valois se presenta delante de Mons, donde es bien recibido, y ocupa el país entre Maubeuge y Braine-le-Comte: el príncipe de Orange, fingiendo aceptarlo como un aliado, suscita un nuevo competidor, el duque Juan Casimiro de Baviera.

Juan Casimiro no era mucho más temible que el archiduque Matías.—No he oido decir hasta el presente que haya hecho cosa de hazaña de guerra; robado y pillado sí, dice de él el cardenal Granvela (9). Cuando expulsado de Francia por el duque de Guisa, y despues de muchas semanas de bandolerismo, se trasladó á Inglaterra Juan Casimiro á solicitar el apoyo de Isabel, hubo de disfrazarse de cocinero y hacer la comida para la tripulacion, bien que muy fatigado por el mareo (10). Era su plan comprar con dinero inglés á los alemanes de los dos partidos y, todos reunidos, invitarlos al pillaje de las ricas ciudades de Flandes. «Es la mejor negociacion que se haya hecho desde hace mucho tiempo,» dice un aficionado á estos tráficos, que viajaba por las cortes de Alemania para «chupar de sus negocios» (11).

Pero el mal tiempo, la peste, las promesas del príncipe de Orange dispersaron todos los ejércitos: Juan Casimiro volvió tristemente á Inglaterra y Francisco de Valois fué llamado á Francia por Enrique III. Don Juan de Austria se dejó dominar por el desaliento, comenzando á comprender la suerte de Escobedo. Vefase abandonado hasta por Catalina de Médicis, si esta proponia, como creia él, un matrimonio entre Francisco de Valois y la princesa Isabel,

(6) El primer viaje de Cimiers fué en marzo de 1577. Véase *Documentos inéd.* tom. LI, Don Bernardino de Mendoza á Don Alonso de Curiel. Se dice que Cimiers está en Lóndres: «Muy de asiento.»

(7) D'Aubigné, *las Historias*, tom. II, pág. 400.

(8) Margarita de Valois, *Memorias*.

(9) Colec. de Groen Van Prinsterer, tom. VI, pág. 414.

(10) *Doc. inéd.* tom. LI, Mendoza á Curiel, «Mareado... se hizo cocinero... aderezando la cena.»

(11) La Huguerye, *Memorias*, tom. II, pág. 2-14.

hija de Felipe II, con los Países Bajos por dote.

Sin embargo, intenta todavía el último llamamiento á su hermano.—«Dadme, le escribe, la orden de cómo he de gobernar.»—«No yo lo diré,» pone Felipe al márgen de estas palabras.—«Y hé aquí que nos van las vidas en este juego,» exclama Don Juan, metiéndose en cama el 28 de setiembre, devorado por la fiebre.

Estaba doliente hacia mucho tiempo. «Verdaderamente, escribia ya un año ántes (1), yo traigo la salud muy quebrada por muchos disgustos y trabajos que hasta agora he pasado en su servicio, y tanto que en ménos de dos meses he tenido el mal que de año en año me solia venir, y no ha bastado sangrarme seis veces ni purgarme cuatro, para quedar del todo libre dél.» Pero esta nueva enfermedad le parece más grave, á pesar de las buenas esperanzas de los médicos (2) «que decian no era mal peligroso. Él entendia que eran ya breves sus

días» y se quejó á su confesor «de que le habian hecho beber una bebida por fuerza» (3). Despues de haber recibido los últimos sacramentos delegó sus poderes á Alejandro Farnesio (4). El día siguiente lúnes estuvo delirando, y el miércoles murió. «La enfermedad de Su Alteza fué de tabardillo ó modorra y una almorra que le cortaron de que murió á primero de octubre de 1578, despues de diez y siete dias de enfermedad» (5). La relacion de los médicos no permite aceptar la opinion popular indicada por Brantome, de que el príncipe murió «de la peste que habia tomado de la marquesa de Havré» ni la de haber sido envenenado con unas botas perfumadas.

El cadáver fué trasportado á España el 24 de mayo siguiente (6); pero no probablemente, como se ha dicho (7), dividido en varios trozos de que se encargaron diferentes caballeros, que los reunieron en el Escorial vistiendo de gala el recompuesto cadáver en presencia del rey.

## CAPITULO II

### LA PRINCESA DE ÉBOLI

1578—1590

ASESINATO DE ESCOBEDO.—PRISION DE ANTONIO PEREZ Y DE LA PRINCESA DE ÉBOLI.—PRIMER PERÍODO DEL PROCESO DE ANTONIO PEREZ

#### I—Asesinato de Escobedo

Don Juan de Austria moria á los treinta y tres años, el mismo día en que siete años ántes conducia á la rada de Sorrento, al són de salvas y músicas, su victoriosa armada, y las banderas conquistadas, y las apresadas galeras y los doce mil cautivos cristianos libertados en Lepanto. Pero Felipe II no tolera más un héroe católico, que una ciudad con franquicias; porque siente la misma desconfianza de todas las grandezas, las de la victoria, como las del patriotismo, desconfianza mezquina que envuelve solapadamente de lazos y delaciones al paladin generoso. A contar de esta hora recibe Don Juan de Austria excitaciones que animan sus proyectos sin obtener nunca recursos para realizarlos; prodígale Felipe todas las promesas que pueden poner de manifiesto los sueños de

su imaginacion y lo mantiene bajo una vigilancia implacable.

Esta doblez que impele al jóven príncipe á su triste fin, arrastra al mismo tiempo á Felipe á una serie de fraudes, de asesinatos, de torpezas que se encadenan por una extraña fatalidad, pesan sobre los últimos años de su reinado y destruyen su prestigio en el extranjero. Los misteriosos acontecimientos se desarrollan, enlazan á Felipe y traen el alzamiento de Aragón.

De los dos hombres que se disputan el favor, durante la primera parte del reinado, uno, el du-

(3) *Ibid.* «Se me quejó, escribe el confesor, que le habian hecho beber una bebida por fuerza.» Es probable que fuera queja de delirante. Si Don Juan de Austria hubiera sido envenenado, no habria podido ignorarlo Antonio Perez y tenia mucho interés en hacerlo saber.

(4) El 28 de setiembre de 1578, Com. Real hist. tom. IV, 1852.

(5) *Doc. inéd.* tom. VII, pág. 443.

(6) *Ibid.* Fray Juan de Jerónimo, *Memorias*.

(7) Strada, lib. V, pág. 519. «Ossibus iterum commissis æreique nexu filii colligatis, totam articulavere compagem corporis... Superindutis armis, pretiosis vestibis exornatum ita regis obtulere oculis quasi pedibus innitens... plane vivere ac spirare videretur.»

(1) Don Juan al rey, 31 oct. 1577. Com. R. hist. tom. IV, 1852, pág. 366.

(2) *Doc. inéd.* tom. VII, pág. 250, carta del confesor copiada por Fray Juan de Jerónimo.

que de Alba, estaba olvidado en su destierro de Uceda. «Háblase ménos de él que si hubiera muerto diez años ha» (1). Las causas de este destierro se tenían en secreto de tal manera que en el reinado siguiente «eran todavía muy inciertas para especificarlas en historia» (2). El otro, Ruy Gomez, príncipe de Eboli, había muerto (3), pero dejando como heredero de su influencia á su secretario Antonio Perez.

Antonio Perez, hijo del arcediano Gonzalo Perez, secretario de Carlos V, había aprendido los detalles de la gobernacion, igualmente que Escobedo, en el despacho del príncipe de Eboli. Había caído en gracia á Felipe II, á pesar de la mengua de su nacimiento (4), por su extraordinaria facilidad para el expedienteo: con esto, cuando murió Gonzalo Perez, fueron compartidos los negocios de su cargo entre Antonio y Gabriel de Zayas (5).

Pero Zayas era lento, paciente, modesto, se contentaba con los menudos medros y los placeres ocultos (6) y evitaba crearse enemigos. Antonio Perez, al contrario, era vanidoso, altivo aún con el duque de Alba (7), y amigo del fausto, de los honores públicos, del ruido (8). Exigia considerables sumas por sus favores y sólo se mostraba benévolo con los pequeños. En fin pasaba por el favorito de la princesa de Eboli, viuda de su bienhechor.

Cuando el príncipe de Eboli no era aún más que el paje portugués y confidente de los placeres del príncipe Felipe, se casó con una jóven de doce años, Ana de Mendoza, cuyas riquezas eran enormes (9). Ruy Gomez hubo de olvidarla muy luégo y siguió al príncipe Felipe á Bruselas y despues á Lóndres. La niña abandonada perdió un ojo (10); mas á pesar de esto, se em-

(1) Ms. Bibl. nac. franc. 16107, fol. 5, Saint Gouard á Villeroy.

(2) D'Aubigné, *las Historias*, tom. II, pág. 208.

(3) El 29 de julio de 1573. El duque de Feria murió el 7 setiembre de 1571.

(4) Nació en 1534, de una mujer casada, pero en 1542 fué provisto por Carlos V de un rescripto de legitimacion, publicado en *Doc. inéd.* tom. XIII, pág. 389.

(5) En abril de 1566. Ms. Bibl. nac. franc. 10751, fol. 253.

(6) *Relaz. ven.* 1577. «Figlia tutto quello che gli e dato, et se bene e assai avanti con la sua età, non lascia per questo li suoi piaceri.»

(7) *Proceso*, declaracion de Fuensalida.

(8) Cabrera, tom. II, pág. 450. M. Mignet, en su libro *Antonio Perez y Felipe II*, ha trazado este drama con tal exactitud, que los documentos descubiertos en los años siguientes no han cambiado nada en su narracion ni en sus apreciaciones. Los hechos están resumidos con precision por Morel Fatio en su coleccion *España en los siglos XVI y XVII*.

(9) Era hija única y heredera de Don Diego de Melito y de Catalina de Silva; nació el 29 de junio de 1540; se casó con Ruy Gomez en 1552.

(10) A la edad de 13 ó 14 años. No he podido averiguar la causa del accidente.

belleció de tal manera que cuando, á los diez y ocho años se presentó á su marido con su alta estatura y su blanco rostro y sus cabellos negros, conquistó luégo al punto sobre él una influencia sin límites. En los doce años siguientes tuvieron diez hijos.

¿Es posible que en estas primeras horas de intimidad conyugal se sometiera el marido á condescendencias inverosímiles? La extraña actitud de Felipe II en los años siguientes obliga á recoger todos los detalles. El príncipe de Eboli, que dormía en la misma cámara de Felipe, hablando un día al embajador francés de la aficion del rey á la reina Isabel, refiere algunas palabras de sus galanterías «que habían cesado y eran de fuera de la casa (11): hasta entonces había tenido muy buenas amistades en esta villa» (12). ¿Quería aludir á su propia mujer? Sabido es que Catalina de Médicis, poco escrupulosa en estas materias, enviaba joyas á la de Eboli y recomendaba á su hija que se mantuviera con ella en buenas relaciones (13). Sabido es también que el hijo mayor de la princesa, titulado duque de Pastrana, era el único de sus hijos que tuviera los cabellos rubios como el rey, que se jactaba de ser hijo del rey, y era en la corte objeto de las mismas atenciones que el príncipe de Ascoli, hijo natural de Felipe II. Los dos jóvenes eran siempre asociados en las ceremonias y citados aparte: en el casamiento de la infanta Catalina son tratados casi como cuñados por el novio, el duque de Saboya, que acepta de ambos caballos españoles y les regala á su vez sendas espadas con pomo de diamantes (14). Su importancia en tales fiestas, léjos de sorprender á los testigos, parece habitual y correcta: se citan sus galas y sus pajes, mientras se dice de los simples magnates que ninguno quería parecer inferior á los demás (15).

Las mismas distinciones se les dispensaban en todas las ceremonias: en el casamiento del conde de Melgar (16), los dos caballeros son citados juntos por la magnificencia de sus trajes. Despues fueron ambos enviados á los Países Bajos, donde se les tenía á uno y otro por bastardos del rey de España (17) y se les llamaba «los dos emuladores de Parma.» Si Pastrana

(11) Ms. Bibl. nac. franc. 3163, fol. 19, Saint Sulpice á la reina madre.

(12) *Ibid.* 16103, fol. 1. El obispo de Limoges á la reina madre.

(13) V. lo dicho en el tom. I, pág. 253.

(14) Relacion del viaje hecho en 1585, publicada de real orden por Morel Fatio y Rodriguez Villa, pág. 64.

(15) *Ibid.* pág. 50 y siguientes.

(16) Lope de Vega, *la Dorotea*, pág. 63.

(17) *Le Petit*, Crónica de Holanda, tom. II, pág. 576.

no era hijo del rey, hacia todo lo posible por parecerlo.

Su madre, á la muerte de su marido, se retiró á un convento de carmelitas, se somete á la regla de Santa Teresa, toma el nombre de sor Ana de la Madre de Dios (1); riñe luégo con las otras religiosas, las maltrata y vuelve al cabo de pocos meses á su palacio (2). «Aunque se ha ido á su casa la princesa, escribe Santa Teresa, están como cativas (las hermanas) y no hallo por qué se ha de sufrir aquella servidumbre» (3). Algo ménos de dos años despues, comienza la intimidad de la princesa con



Moneda del Condado de Namur (época de Felipe II)

el antiguo cliente de su marido, Antonio Perez (4).

¿Deben suponerse en este nuevo período relaciones entre la viuda y Felipe II? Una mujer de treinta y cuatro años, que ha tenido diez hijos y lleva una venda negra para ocultar el defecto del ojo (5), no debía conservar ya aquel esplendor de belleza que en vida de su esposo celebraban los poetas latinos, cuando rogaban á un hermoso niño que había perdido también un ojo, que cediera el otro á la princesa:

*Parve puer, lumen quod habes concede puella.  
Sic tu cæcus amor, sic erit illa Venus.*

(1) *Doc. inéd.* tom. LVI, pág. 19.

(2) Hubo de permanecer en el claustro desde agosto á diciembre de 1573.

(3) Santa Teresa á Fray Domingo Bañes, enero de 1574, edicion Rivadeneira, pág. 31.

(4) Don Gaspar Muro, *la Princesa de Eboli*.

(5) Su retrato atribuido á Sancho Coello está grabado en el libro de Don Gaspar Muro.

Parece ser que permaneció fiel á Antonio Perez, sobre todo si ha de creerse lo que se dice en el proceso de haberle regalado ella hasta cuarenta mil ducados y declarado en términos groseros que lo prefería al rey.

Pero esta pasion reunió nuevos envidiosos al rededor de Antonio Perez. Miéntras él, bastardo del arcediano, era el favorito de la más ilustre dama, se mostraba fastuoso en sus trajes y muebles, se impregnaba de perfumes (6), tomaba por sus favores, ahora telas preciosas, ahora seis mil ducados (7), vegetaban á su lado sus colegas, los pobres secretarios, Zayas que tenía necesidad de los donativos del rey de Francia para casar á su hija, Mateo Vazquez el juez débil que se había sometido servilmente á la influencia del rey en la causa del duque de Alba, y no tenía sin embargo más que el empleo de secretario íntimo (8). Para obtener la proteccion del rey contra la enemistad de los subalternos y de los envidiosos, juzgó Antonio Perez necesario comprometerlo en una intriga cuyos hilos tuviera él únicamente. Creyó asegurar su fortuna lisonjeando las sospechas de Felipe contra Don Juan de Austria; y se dejó utilizar para merecer las confianzas y asegurar la perdicion del hombre que lo tenía por su mejor amigo.

—¿Conoceis á Escoda?—preguntó un dia el nuncio apostólico á Antonio Perez.—Escobedo querreis decir,—contestó Perez.—Sí, Escobedo: pide al Padre Santo que favorezca los proyectos de Don Juan de Austria sobre la corona de Inglaterra.

El crimen no era grave: Felipe había autorizado estos proyectos; asociar á ellos al papa no era traicionarlo, pero la desconfianza se despertó luégo al punto. Perez entabla con Don Juan y Escobedo una correspondencia que les hace creer secreta, pero cuyas minutas son corregidas por la mano misma del rey; finge adherirse á sus miras para obtener confianzas y enseña al rey las contestaciones. Un momento se avergüenza de este infame papel y sondea la conciencia de Felipe.

«Segun mi teología, contesta Felipe, yo entiendo, lo mismo que vos, que no solamente hacéis lo que deveis, mas que no lo hariades para con Dios ni para con el mundo, si no lo hiciédes asy.»

(6) Cabrera «Curioso en el vestir, odorífero y pomposo.»

(7) Pieza 66 publicada por Don Gaspar Muro.

(8) Desempeñó este cargo desde el 29 de marzo de 1573 hasta el 4 de mayo de 1591.

Escobedo, que había pasado su juventud al lado de Antonio Perez entre los empleados del príncipe de Eboli, era precisamente el hombre que había de caer en este lazo y arrastrar á él á Don Juan de Austria. Era aficionado á hablar de lo que no le importaba, á entrometerse en todos los negocios y á hacerse valer (1). En cuanto se ve provocado á hacer confidencias, escribe que sería menester persuadir al rey á desembarazarse de los negocios y llamar á su lado á Don Juan para que se encargara de ellos, «y cuando seamos los dos para aconsejarle con los Velez y Sesa para sostenerlos, yo creo que valdrá nuestro parecer en el consejo» (2).—El medio de dominar á *este hombre*, contesta Perez (y tiene la desvergüenza de hacer que apruebe su contestacion Felipe II, que se deja llamar tan irrespetuosamente *este hombre* para ocultar mejor el fraude) es no ocuparse más que en sus propios negocios (3). Es un hombre terrible; bien lo sabeis (4). Ha sabido que el obispo de Ripa acaba de ser enviado por el papa á llevaros ochenta mil ducados, y es preciso que yo sepa vuestras intenciones. Felipe escribe al margen de la minuta: Me place mucho este lugar.

El obispo de Ripa estaba efectivamente en Bruselas al lado de Don Juan (5). Pero ya impelia Escobedo al jóven príncipe á volver á España para tomar parte en la gobernacion del estado, diciendo que con tener á Santander y la montaña se tenía á toda Castilla. Por fin anuncia su llegada á Santander. «Menester será prevenirnos bien de todo y darnos mucha priesa á despacharle antes que nos mate,» escribe el rey en esta carta (6). Felipe está muy animado. Es una carta sanguinaria, escribe sobre otra de Escobedo (7). Y lleva la prudencia hasta darle un seudónimo (8) rehusando verlo.

Escobedo se dirige á los Velez, al inquisidor general Quiroga (9), á la princesa de Eboli.

(1) Cabrera, tom. II, pág. 449.

(2) *Corresp. de Felipe II*, tom. V, pág. 188.

(3) *Ibid.* pág. 197.

(4) *Ibid.* pág. 297.

(5) *Corresp. de Felipe II*, tom. V, pág. 331. Llamábase Felipe Segá.

(6) El sentido de esta frase es muy debatido; su autenticidad no lo ha sido nunca. La traduccion envuelve ambas versiones. M. Mignet cree que el rey está espantado y quiere que se mate á Escobedo antes de ser matado por él; Don Gaspar Muro sostiene que el rey quiere decir únicamente: «Apartémoslo ántes que nos importune demasiado.» Yo creo que no es posible dar otro sentido que el de matar á las palabras empleadas por el rey: no es sino en un asesinato en lo que piensa, y así lo ha declarado muchas veces en los años siguientes. Antonio Perez comprendió bien la palabra matar en el sentido propio de quitar la vida, como lo hace observar Morel Fatio, *Revista histórica*, tom. IX, pág. 191.

(7) «Para que vea quan sangrienta es.»

(8) El de *Verdinegro*.

(9) Col. de Morel Fatio, pág. 130.

Presiente traiciones en torno de sí. Un día (10) entra repentinamente en la cámara de Antonio Perez y lo sorprende en la cama con la princesa.—Mi conciencia, exclama, me obliga á prevenir al rey.—Haz lo que quieras, Escobedo, contesta amohinada la princesa: más quiero el trasero de Antonio Perez que la cara del rey.

Pero Antonio Perez no le da tiempo á cumplir este deber. «Lo que de ménos inconveniente sería es salir del embarazo con algun *bocado*, dice para sí Perez (11). Es asunto que se arreglará con la gente de cocina.»

Antonio Enriquez, mayordomo de Perez, halló medio de introducir en la cocina de Escobedo un fregador de vajilla, el cual aprovechó un momento oportuno, declara Enriquez, para echar en una taza de caldo un polvo blanco á manera de harina que le habíamos confiado. Una esclava morisca inconsciente del hecho le llevó á Escobedo la taza de plata que contenía el caldo. Pero el polvo blanco había sido mezclado con demasiada profusion, aunque no pasó de la medida de un dedal de costura. Escobedo se sintió envenenado y acusó á la inocente morisca entregándola en manos de los jueces.—Este Escobedo debe de sospechar de los dos, escribe Felipe II á Antonio Perez. Quizá harán á la esclava decir lo que se les antojare, y alguna sospecha debe tener.—Harto cuidado traigo de más de una manera, contesta Perez (12). El embarazo de los dos cómplices no fué de larga duracion: la morisca fué ahorcada en la plaza de Madrid (13). Dejando ejecutar á esta criatura, cuya inocencia les constaba, el rey y Perez se hacían tranquilamente sus asesinos: ninguno de los dos parece que reflexionara en ello jamás. Otras dos tentativas de envenenamiento hubieron de fracasar tambien; pero estaban impacientes de acabar y recurrieron á un procedimiento más enérgico.

Siete hombres armados esperaron á Escobe-

(10) Este hecho se acepta aquí como exacto y se deben exponer las razones que pueden hacerlo admisible ó inadmisibile. Por una parte, 1.º el deponente no ha visto nada y repite lo que le dijo su hermano, muerto ya; 2.º los falsos testimonios saltan á la vista en el proceso y todo debe ser sospechoso; 3.º no es verosímil que una mujer del rango de la princesa haya empleado una expresion tan indecente. Mas por otra parte, 1.º las relaciones de Perez y la princesa no eran negadas; era inútil sobornar testigos para probarlas; 2.º si los hermanos Morgado hubieran imaginado esta escena, habrían hecho uso de expresiones mas verosímiles: la exclamacion de la princesa es una de esas palabras que no se inventan; 3.º el mismo Perez declara que «con pretexto de celo de criado, Escobedo hablaba mal de Antonio Perez y de la princesa de Eboli.»

(11) Antonio Perez, *Obras y relaciones*.

(12) Pieza publicada, segun el manuscrito de la Haya, tomo I, marqués de Pidal, *Alteraciones de Aragon*.

(13) Cabrera, tom. II, pág. 448. «Una esclava murió en la horca inocente.»

do de noche en la calle, junto á la iglesia de Santa María, lo mataron tranquilamente de una certera estocada y volvieron á casa de Antonio Perez á cobrar lo prometido. Tres de ellos recibieron «carta y comision de S. M. con el grado de alféreces y veinte escudos de gratificacion,» y fueron á llevar las banderas de España á las compañías de guarnicion en Sicilia. Los cuatro restantes sólo recibieron cadenas de oro y dinero.

#### II.—Prision de Antonio Perez y de la princesa

Despues de haber ligado al rey en los lazos de este acto cometido en comun, todavía no estaba Perez tranquilo: el enemigo que lo espiaba, el solapado Mateo Vazquez (1), seguía con perseverancia la pista de los asesinos. Sabia ya, y lo referia, que la muerte de Escobedo había sido inspirada por una de sus mejores amistades, por una mujer (2). Animaba el celo del juez que se le había asociado en la causa contra el duque de Alba, el presidente Antonio Pazos; hacia intervenir al hijo de Escobedo; los llevaba á casa de Pedro de la Hera, astrólogo cuya opinion no era de despreciar, y el cual declaró que el asesinato se había hecho por orden de uno de los más íntimos amigos de la víctima, uno que había concurrido á las exequias (3). Consiguíó en fin, que la viuda de Escobedo fuera á implorar la justicia del rey afirmando que su marido había sido asesinado por mandado de Antonio Perez y á instigacion de la princesa de Eboli (4).

Desdeñando toda justificacion, se dirigió Antonio Perez á Mateo Vazquez: «Vos, le dijo, solicitais mucho al rey sobre este caso, y para sacerdote y que no teneis oficio que os obligue á tal y sin obligacion al muerto, es muy sospechosa solicitud. Reportaos, que es muy diferente negocio del que pensais» (5). La princesa de Eboli (6) con su enojo de mujer altanera declara á Felipe que, como rey y como caballero, está obligado á no dejar que se la difame. En cuanto á Mateo Vazquez, añade, es un perro árabe, y si V. M. lo desbastara un tanto para que no

(1) Mateo Vazquez era un niño abandonado que educó por caridad un canónigo de Sevilla. Su aplicacion al trabajo llamó la atencion del cardenal Espinosa, que lo empleó á su lado en 1565. Recibió órdenes sagradas, recogió los papeles del cardenal y llegó á ser secretario del rey por la proteccion del ayuda de cámara Sebastian de Santoyo. Murió en 1591.

(2) Antonio Perez.

(3) Cabrera, tom. II, pág. 449.

(4) Antonio Perez, pág. 6.

(5) *Id.* pág. 14. El vos que emplea Perez con su compañero y amigo es un tratamiento despectivo.

(6) *Id.* pág. 24.

se le pudiera llamar perro, aún le daría otro nombre más vil.

Pero el rey no despide á Vazquez; ántes bien lo escucha, y aconseja á Perez que se reconcilie con él, haciendo que su confesor Fray Diego de Chaves hable á la princesa en favor del Vazquez. Antonio Perez entónces ofrece la dimision de su cargo, dice que teme lo asesinen y obtiene en fin de Felipe esta declaracion el 4 de mayo (7): Mientras Dios me conserve la vida, no teneis nada que temer; áun cuando todos se volvieran contra vos, yo os quedaré fiel siempre: podeis estar convencido de esto y vivir en paz.—Es sin duda sincero al escribir esto el rey, por cuanto ocho días despues da orden al presidente Pazos de quemar todas las denuncias é informes acumulados en dos meses contra *el hombre* (8).

Pero Mateo Vazquez se procura seis cartas de la princesa de Eboli á Antonio Perez y se las entrega al rey con nuevos pormenores sobre estos secretos amoríos.—Llevaos estas cartas, le contesta el rey: bástame saber que la dama me ofende con sus actos, y no hay necesidad de ver que me ofende tambien con sus palabras (9).

¿Es la contestacion del hombre envidioso que ve preferido á un súbdito, ó la del soberano que quiere mantener la dignidad en su casa? Dificil es discernir la verdad en medio de tal cúmulo de fraudes: aquí no puede uno fiarse de la correspondencia, escrita para engañar; ni de los procedimientos judiciales acomodaticios y falseados; ni de los testimonios, casi todos falsos. El juez, el confesor, el rey, todos se entienden para engañarnos. El acusado no es más sincero por su parte, hasta cuando nos dice: «Dexen la sombra. Hé ay el nombre. Hé aquí la persona bien al descubierto. No es theología esto, relacion es de miserias» (10). En los veinte años de perfidias é iniquidades, en medio de las cuales va á sostener Antonio Perez la lucha con Felipe II, sólo se hallará grandeza en Juana Coello su esposa, y en Gregoria su hija.

Parece suponerse hoy (11) que Felipe II fué rival de su secretario con la viuda de su antiguo confidente; que fué desdeñado, y que se

(7) De 1579.

(8) *Doc. inéd.* tom. LVI, pág. 181. «Muy bien me parece que queimis todos estos papeles, y así lo haced.»

(9) Apéndice 30, publicado por Don Gaspar Muro, Arch. de Simancas, patronato eclesiástico, legajo 10.

(10) Antonio Perez, *Obras y relaciones*.

(11) Cánovas del Castillo dice: «Era ya en suma una mujer que le había despreciado para preferirle un criado suyo, y no siquiera de alta estirpe, ni recomendable ó ennoblecido por gloriosos hechos.»